

CUANDO LA PANDILLA SE PONE MALA: VIOLENCIA JUVENIL Y CAMBIO SOCIAL EN NICARAGUA¹

*Dennis Rodgers **

Introducción

El 12 de febrero de 2002 volví por primera vez luego de casi cinco años al barrio Luis Fanor Hernández,² un vecindario de bajos ingresos en Managua, capital de Nicaragua, donde anteriormente había realizado una investigación etnográfica sobre la violencia pandillera.³ El objeto de mi retorno era *actualizar* el estudio original, un proceso que, debo confesarlo, había concebido menos como una suerte de catalogación *realista* del cambio social que como una reconstrucción “constructivista” de mis interpretaciones iniciales, para utilizar la terminología de la teoría de la “etnografía reflexiva” de Michael Burawoy (2003). Al seguir los sucesos nicaragüenses desde lejos, me parecía que poco había cambiado en el período transcurrido desde mi visita inicial y que, en consecuencia, mi nueva visita implicaría sobre todo pensar los mismos procesos desde nuevas perspectivas teóricas. Sin embargo, esa idea quizás un poco ingenua se disipó casi de inmediato cuando, el día mismo de mi regreso, me crucé con Ronnie, quien, a los nueve años y como miembro de la pandilla local, había sido un informante importante en 1996-1997. Me saludó con un entusiasta “Oye, Dennis, ¿qué onda?”, y prosiguió con una andanada de preguntas:

— ¿Cómo estás, hombre? ¿Dónde has estado? Tanto tiempo que no te vimos aquí, ‘maje’ ¿Qué ‘vaiysa’? Has completamente cambiado - ¡Te pusiste gordo, ‘maje’!

— ¡Hola, Ronnie, qué bueno verte! —le contesté—. Ando bien, gracias y perdón por haber tardado tanto en volver. Muchas cosas han pasado, ahora mi vida es completamente diferente. Pero vamos, ¡tú también has cambiado, hombre! La última vez que estuve aquí eras un chico, y mírate ahora: ¡ya sos grande! ¿Cuántos años tenés ahora, 14 o 15, no? ¿Qué onda? ¿En qué estás metido ahora? ¿Sigues de pandillero?

* *Dennis Rodgers es Profesor asistente de desarrollo urbano, Departamento de Geografía, London School of Economics.*

— Noo, ya no estoy con la pandilla, todo eso cambió, ‘maje’. Tanto ha cambiado aquí, no vas a reconocer al barrio, vas a ver. No es la misma pandilla que cuando vos estabas, tiene otra onda. Es verdaderamente dañina ahora, no cuida el barrio como antes pero solamente hace sus cosas.

— ¡No me digas! ¿Qué pasó? ¡Ustedes *eran* los protectores del barrio! Joder, eran más que eso, ustedes casi eran el barrio mismo, eran los únicos que hacían algo por él. ¿Qué la verga? ¿Por qué cambió todo?

— Por toda clase de mierdas, ‘maje’, toda clase de mierdas... Pero sobre todo por la droga...

— ¿La droga? ¿‘Idiay’, qué querés decir, marihuana, cosas así?

— No, no, claro que no, ‘maje’, eso es ‘nitua’,⁴ ya sabés cómo es, la marihuana no tiene nada de malo. No, hombre, te estoy hablando de ‘la piedra’, el crack. La marihuana no es nada comparada con esa mierda, te digo. La piedra ha cambiado todo y ahora el barrio es completamente distinto de cuando estabas aquí, Dennis. Todo se jodió, y sobre todo la pandilla, que se puso mala...”

Me sorprendió bastante enterarme de que Ronnie ya no era miembro de la pandilla, dado que en 1996-1997 había sido uno de los pandilleros más comprometidos —el líder natural de su cohorte de edad— y no era ahora lo suficientemente grande para haber “madurado” y abandonado el grupo, como sucedía de manera inevitable con todos sus integrantes. Al mismo tiempo, uno de los hallazgos de mi investigación anterior había sido que las trayectorias de vida de los pandilleros son en general sumamente difíciles de predecir y había encontrado jóvenes de 14 o 15 años en 1996-1997 quienes se retiraron de la pandilla. Sin embargo me resultó una completa y absoluta sorpresa enterarme de que ésta se había “puesto mala”, tal cual decía Ronnie. El descubrimiento probablemente más importante de mi estudio de 1996-1997 había sido que, en contraposición con las ideas adquiridas, la pandilla proporcionaba cierto grado de orden social estable y protección al barrio en un contexto más amplio de crisis, inseguridad y descomposición social. Como tal, podía asimilársela a las formas de vigilantismo que Ray Abrahams (1998: 3 y 9) califica de esfuerzos constitutivos hechos por comunidades de distintos lugares del planeta “para comprender su vida y mantener algún tipo de orden en su mundo”, sobre todo “en las zonas ‘fronterizas’ donde se ve al Estado como ineficaz o corrupto”.

Según el parecer general, las condiciones contextuales que constituyeron el telón de fondo del surgimiento de las pandillas no habían mejorado desde que me fui del país en 1997, y por esa razón yo había supuesto que encontraría dinámicas sociales similares a las descubiertas durante mi investigación inicial. Mi diálogo con Ronnie, empero, terminó por fijar en buena medida el tono de mi nueva visita, y al concentrar la atención en la manifestación contemporánea de la pandilla del barrio Luis Fanor Hernández

tuve la creciente impresión de que estudiaba un fenómeno completamente diferente del que había estudiado en un primer momento. Este trabajo es un intento de explicar las pronunciadas diferencias que surgieron, pero también de conciliarlas, para lo cual no sólo muestro cómo cambió de manera tan radical la institución social del pandillerismo en tan corto tiempo: también propongo una explicación de sus causas. El artículo comienza por señalar las principales diferencias exhibidas por la pandilla del barrio mencionado entre 1996-1997 y 2002 y destaca en particular las relacionadas con sus prácticas violentas y sus actitudes hacia el vecindario local. Considera luego qué nos dice esto desde una perspectiva teórica, pero también qué no nos dice; sobre la base de este último examen, el trabajo se embarca en una descripción detallada de las etapas de la transformación de la pandilla entre 1997 y 2002 a fin de revelar la continuidad existente entre sus dos manifestaciones. De ese modo, se plantean algunas cuestiones clave en lo concerniente a la naturaleza de la estabilidad y el cambio institucionales, que se consideran en la sección final.

El pandillerismo en el barrio Luis Fanor Hernández, 1997-2002

Aunque las pandillas y sus prácticas violentas contribuyeron sin duda de manera significativa a generar las circunstancias sociales adversas que caracterizaron muchos aspectos de la Nicaragua urbana de la década de 1990, había una diferencia definida entre su manifestación localizada y su expresión más general. Cuando se las contempla desde la perspectiva de la ciudad, las guerras de pandillas, por ejemplo, parecían transformar anárquicamente algunos sectores de Managua en zonas cuasi bélicas, en las que las bandas se enfrentaban con armas que iban desde palos, piedras y cuchillos hasta rifles automáticos ak-47, granadas de fragmentación y morteros,⁵ a menudo con dramáticas consecuencias tanto para sus miembros como para la población en general. Sin embargo, si se las considera desde el punto de vista más localizado del barrio, la imagen parece mucho más ambivalente. En 1996-1997, la pandilla de Luis Fanor Hernández estaba compuesta por unos cien jóvenes de entre 7 y 22 años, quienes, a la par con otras bandas de Managua, se dedicaban a diversas actividades violentas, desde la ratería hasta la guerra de pandillas. No obstante, todas respetaban una “regla de oro”: no abusar de los habitantes de sus barriadas. Las víctimas de la pandilla local eran personas de afuera; en los hechos, los miembros de las bandas se tomaban activamente la molestia de proteger a sus vecinos contra rateros, ladrones y pandilleros externos, y con frecuencia los *rescataban* o se desempeñaban como guardaespaldas cuando aquéllos debían hacer diligencias en zonas aledañas.

Visto desde el nivel local, aun lo que parecía ser la forma más destructiva y perjudicial de violencia pandillera, la guerra de pandillas, podía consi-

derarse en algún aspecto como un proceso violento socialmente positivo. Sin duda, la guerra de pandillas era una forma de violencia constitutiva para los pandilleros, en cuanto obedecía a ciertas reglas de conducta que cumplían un papel fundamental en la construcción del yo de cada uno de sus miembros. Al mismo tiempo, esos enfrentamientos también contribuían a la constitución de la pandilla como grupo, al reafirmar la unidad colectiva mediante el énfasis en la distinción humana primordial entre *nosotros* y *ellos*. Pero la guerra de pandillas tenía que ver, asimismo, con una forma más general de construcción social que trascendía el grupo o al individuo pandillero y se relacionaba con la comunidad barrial local. Los pandilleros decían que, si apelaban a la violencia, lo hacían sobre todo porque “querían” el barrio, y justificaban los combates con otras pandillas como un “acto de amor” por éste. Tal cual dijo Julio, uno de ellos,

“mostrás al barrio que lo querés arriesgándote por la gente, poniéndote en peligro y protegiéndola de otras pandillas... Así cuidás al barrio, ¿entendés? Cuidás al barrio, ayudás, protegés a la gente...”.

La afirmación es bastante convincente, sobre todo porque la guerra de pandillas estaba hasta cierto punto semi-ritualizada y seguía patrones muy fijos. La primera batalla entre bandas solía implicar peleas con piedras y a puño limpio, pero cada nuevo enfrentamiento representaba una escalada del armamento utilizado, en principio palos y cachiporras, luego cuchillos y botellas rotas, más tarde morteros y por último pistolas, fusiles ak-47 y granadas de fragmentación. Aunque el ritmo de la escalada podía variar, su secuencia era siempre la misma; esto es, las pandillas no iniciaban sus guerras con morteros, pistolas o ak-47. En muchos aspectos, la naturaleza ritualizada de la guerra de pandillas constituía posiblemente una especie de mecanismo restrictivo; la escalada era un proceso constitutivo positivo, en el cual cada etapa exigía una intensidad más grande aunque bien definida de la acción y, por lo tanto, siempre estaba bajo el control de los actores. Al mismo tiempo, el proceso también proporcionaba a los residentes del barrio un marco dentro de cuyos límites podían organizar su vida, ya que funcionaba como un *sistema de alarma temprana*. En ese carácter, las guerras de pandillas pueden considerarse como *actuaciones* pautadas que proponían un medio de circunscribir lo que Hannah Arendt {1979:1} (1969:5) denominó la “imprevisibilidad ubicua” de la violencia. Aunque dichos conflictos tenían indudables efectos negativos para la población local, éstos eran más que todo indirectos, en cuanto las pandillas nunca victimizaban de manera directa a los habitantes de sus propios barrios, a quienes, en cambio, protegían durante los enfrentamientos. La amenaza a las poblaciones barriales provenía de otras pandillas, con las que la banda local se enfrentaba de una manera prescripta; de ese mo-

do limitaba el alcance de la violencia dentro de su propio barrio y creaba una zona segura y previsible para los residentes del lugar.

En un contexto más amplio de violencia e inseguridad crónicas, esta función era posiblemente positiva, y si bien no siempre mostraba una eficacia del ciento por ciento —no era infrecuente que el fuego cruzado de las pandillas en guerra hiriera y hasta matara a uno que otro circunstante, los habitantes del barrio la reconocían en gran parte como tal. Como dijo *don* Sergio, uno de mis informantes:

“La ‘pandilla’ cuida el barrio y jode a otros; nos protege y nos permite sentirnos un poquito más seguros, vivir la vida con un poco más de facilidad [...] Las pandillas no son algo bueno, y es su culpa que tenemos que vivir con toda esta inseguridad, pero eso es el problema del pandillerismo en general, no de nuestra pandilla aquí en el barrio. Ellos nos cuidan y nos ayudan; sin ellos las cosas serían mucho peores para nosotros.”

Como consecuencia de esto, los miembros de la comunidad local no llamaban a la policía durante las guerras de pandillas y jamás denunciaban a los integrantes de éstas.⁶ Aunque entre los vecinos existía sin lugar a dudas cierta ambivalencia con respecto al fenómeno de las bandas, como lo manifiesta con claridad “*don Sergio*”, los residentes distinguían entre el fenómeno en general y la manifestación local de la pandilla. Si bien eran inequívocamente críticos del primero, por lo común tenían una opinión positiva sobre la segunda. Esto no significa que nunca tuvieran nada negativo que decir acerca de ella —en efecto, los padres de sus integrantes se preocupaban con frecuencia por ellos, por ejemplo, y solían reprender públicamente a sus hijos pandilleros—, pero en el barrio la pandilla local no despertaba temor.

Al mismo tiempo, sin embargo, la pandilla no sólo generaba cierta sensación de seguridad. La visión positiva del grupo también derivaba del hecho de que era, en sustancia, la única forma de organización colectiva local que mostraba algún tipo de “interés abarcativo” (Mancur, 1982) por el barrio; el “cuidado” violento que ejercía representaba un agudo contraste con la atomización más extendida y la descomposición social características del vecindario, en el cual no había organizaciones colectivas globales y aun las familias sufrían un proceso de erosión (Rodgers, en prensa2006b). En rigor de verdad, la actitud de la pandilla iba más allá de un mero “interés abarcativo” en el barrio, pues posiblemente no sólo actuaba para protegerlo y salvaguardar a sus habitantes, sino que también proporcionaba a éstos un medio concreto de llevar a la práctica una forma de comunidad que en otros aspectos estaba ausente. Entre los vecinos existía una sensación de identificación con la pandilla local y sus proezas violentas, que en los hechos representaba el principal anclaje para el imaginario social barrial en una comunidad fracturada en mu-

chas de sus dimensiones.⁷ De una manera que puede compararse con la descripción hecha por Maurice Bloch (1996:216) del desarrollo de un “placer estético comunal” entre los merinas y los zafimanirys de Madagascar, a través de la violencia juvenil los residentes del barrio solían intercambiar ávidamente historias sobre la pandilla, transmitirse relatos de testigos presenciales, difundir rumores y contar una y otra vez diversos incidentes, con lo cual, de hecho, convertían a la banda y sus formas socialmente creativas de violencia en el indicador simbólico primario de comunidad en el barrio Luis Fanor Hernández, así como en una fuente de lo que Anthony Giddens (1991) ha llamado “seguridad ontológica”.

En 2002, mientras buscaba a viejos amigos e informantes de ese barrio para explorar las afirmaciones de Ronnie sobre la transformación de la pandilla, no tardó en resultarme evidente la imposibilidad de plantear ahora que ésta proporcionaba una sensación de “seguridad ontológica”; al menos, no era posible plantearlo como en el pasado. Me habían advertido una y otra vez que,

“no es el mismo barrio, Dennis, tenés que tener cuidado, la pandilla ha cambiado, se puso mala, ojo cuando hables con ellos, no podés estar seguro de lo que van a hacer, si te van a respetar o atacar”.

Cuando finalmente logré sentarme a charlar con pandilleros contemporáneos –en efecto, mucho menos respetuosos y calmos que sus predecesores–, pude comprobar con claridad la profunda transformación de la pandilla. Ésta contaba ahora con sólo 18 jóvenes de entre 17 y 23 años. Aunque todos ellos ya eran pandilleros en 1996-1997, la mayor parte de sus prácticas y actitudes había sufrido un enorme cambio, sobre todo en lo referido a la naturaleza de las actividades violentas e ilícitas del grupo. Por ejemplo, la guerra de pandillas había desaparecido, los niveles de violencia interna del barrio y vinculada con las bandas habían aumentado y ahora los residentes locales llevaban la peor parte en ese aspecto, y la pandilla tenía estrecha conexión con una próspera industria local de la cocaína, basada en el crack (Rodgers, 2004 y 2006a).⁸

En líneas generales, los pandilleros eran una presencia mucho más intimidante y amenazadora en el barrio, tal como lo puntualizó uno de los miembros de la banda, de nombre Roger:

“Ya nos vale verga la gente del barrio... Si es que los atacan, si les roban, si tienen problemas, ¿qué la ‘verga’? Ya no hacemos nada para ayudarlos, más bien ahora nos reímos, joder, hasta aplaudimos a los que les roban... ¿Por qué vamos a hacer algo por ellos? No merecen nada. Ahora lo único que hacemos es estar por la calle, fumar la ‘piedra’ y robar, ¡y nada más!”

Mi reacción inicial al escuchar ese discurso fue de coincidir con Ronnie y culpar a las drogas por la transformación fundamental de las pandillas, sobre to-

do cuando comencé a realizar hasta qué punto el consumo de crack había aumentado los niveles de inseguridad en el vecindario. Aunque en 1996-1997 el uso de drogas era habitual dentro de la pandilla, la sustancia más consumida en la época era la marihuana, que tiene efectos neurológicos y psiquiátricos muy diferentes del crack, tal como lo explicó otro pandillero, Hugo:

“La ‘piedra’ te pone loco, como si estuvieras volando y después, cuando bajás, es super-daño, haces cualquier cosa por obtener más, hasta robar a tus vecinos, tus amigos, incluso a tu propia familia [...] La ‘piedra’ no es como la marihuana, que te hace sentir cómodo con todo el mundo, feliz, ya sabés [...] La ‘piedra’ te domina, total, y te hace hacer lo que ‘ella’ quiere.”

En especial, esta droga convierte a sus consumidores en personas extremadamente violentas, como lo destacó otro miembro de la pandilla, Chucki:

“Esta droga, la ‘piedra’, te pone super-violento, te digo... Cuando la fumo y alguien me insulta, ahí nomás quiero matarlo, agarrar un machete y palmarlo así, para defenderme... No paro para pensar, ni hablar, preguntarle por qué o lo que sea [...] Es como que no les reconozco, lo único que quiero es pegar, palmar, y eso te digo es la droga, es de ella que me viene esa violencia.”

Durante 2002, los episodios de violencia pública espontánea e imprevisible en el barrio Luis Fanor Hernández fueron sin duda mucho más numerosos que en 1996-1997, y la mayoría se vinculaba con el consumo de crack; así lo confirmó Adilia, otra informante:

“El problema es que ahora cualquiera puede ser un peligro potencial, si han fumado algo de la ‘piedra’, en cualquier momento [...] no podés saber lo que van a hacer, con esta droga la gente se pone más violenta, más agresiva, no le importa nada, no te reconocen [...] no sabés lo que piensan y ni siquiera si piensan algo, te pueden matar así nomás, sin pensarlo.”

Aunque no eran en modo alguno los únicos consumidores de crack en el vecindario, la pandilla constituía un ámbito privilegiado de consumo de esa droga y todos sus integrantes recurrían a ella. Los pandilleros estaban involucrados en la abrumadora mayoría de los incidentes violentos relacionados con las drogas que afectaban el barrio, y era muy habitual verlos drogados mientras paraban a sus residentes en las calles y les pedían unos “córdobas” para comprar otra dosis. Cuando el pedido era rechazado o ignorado, recurrían de manera casi invariable a la violencia.

Al mismo tiempo, si bien el consumo de crack tenía una importancia evidente en la explicación del cambio de los patrones de conducta y el alza co-